

**“Los piquetes de la abundancia o Todos somos el campo:
análisis del discurso político de Cristina Kirchner durante la crisis del agro”**

Dra. Ana Luisa Coviello
Dra. María Eugenia Orce de Roig
Universidad Nacional de Tucumán

Sujeto, tiempo y espacio son las tres coordenadas en las que se basa todo análisis del discurso, el punto de partida de cualquier estudio que intente indagar en las relaciones existentes entre los sujetos que producen sentido, sus discursos, los objetos a los que refieren y sus destinatarios.

La teoría de la enunciación constituye una herramienta fundamental para el estudio del discurso político, ya que permite descubrir los diferentes velos con que la subjetividad se oculta y formular hipótesis sobre las representaciones que sustentan ese discurso. Además, el hecho de que la enunciación sea la puesta en proceso de un sistema significa que el contexto y la situación de comunicación se vuelven imprescindibles en el análisis del sentido.

El presente trabajo tiene como objeto de estudio los discursos referidos al problema del agro, de la actual Presidenta de la República Argentina, Cristina Fernández de Kirchner, desde que comenzaron las protestas, en marzo de 2008, hasta el rechazo de la Resolución 125, por parte del Congreso de la Nación, por medio del voto negativo del Vicepresidente de la Nación, Julio Cobos (1).

El título connota el enfrentamiento entre argentinos que provocó el intento de puesta en vigencia de la Resolución 125 del Poder Ejecutivo Nacional, relacionada con retenciones impositivas a la actividad agropecuaria. Plantea la dicotomía entre dos expresiones que, a partir de la enciclopedia del receptor, devienen, la primera, en oximorónica; la segunda, en metonímica.

Piquetes de la abundancia remite a una práctica social que tiene sus antecedentes en las protestas obreras de principios del siglo XX en Argentina y que, según una investigación realizada por un grupo de periodistas de *Clarín*, adopta la actual fisonomía a partir de la que se realizó en contra del cierre de YPF en Cutral-Có, Neuquén, entre el 20 y el 26 de junio de 1996, cuando operarios despedidos y habitantes del pueblo cortaron la Ruta 22.

Este movimiento está ligado a los sectores marginales de la población: se trata de un tejido social que se organiza como última instancia, para reclamar en contra de lo que considera injusto. Según Isabel Rauber:

Este trabajo ha sido realizado gracias a los aportes de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Tucumán.

1 Nos centraremos particularmente en seis mensajes presidenciales realizados desde que el paro comenzara hasta el día posterior al voto negativo del Vicepresidente a la Resolución 125: dos de ellos enunciados desde la Casa de Gobierno (uno en un acto de firma de convenios entre AySA y municipios del conurbano bonaerense; el otro, cuando anuncia nuevas medidas para pequeños y medianos productores agropecuarios); otros dos desde la Plaza de Mayo y uno, desde Parque Norte, en Buenos Aires, producidos como respuestas a las medidas de fuerza adoptadas por el sector agropecuario; y por último, el pronunciado en Resistencia, Chaco, en ocasión de la inauguración de su aeropuerto internacional. Se obtuvieron en www.caserosada.gov.ar

Sin que se pueda trazar una línea continua entre los piqueteros de ayer y de hoy, es indudable que las raíces de éstos –como la existencia misma de los piquetes (2)- están en el movimiento obrero. En un sentido amplio, su lucha es hoy también contra el patrón, solo que este no está en las fábricas individualmente, sino en el sistema mismo de exclusión y desintegración social impuesto por el neoliberalismo globalizado (o la globalización neoliberal). Y ello no es casual, tiene que ver con el origen de la pobreza: la desocupación, que ha hecho de los trabajadores desocupados –en acto o en potencia- el primer bastión del freno a la voracidad del gran capital, a la vez que eje de lucha contra la pobreza y –consecuentemente-, por el trabajo y la producción; de ahí que los piqueteros confronten con los grandes grupos económicos transnacionales y nacionales asociados a través de sus representantes administrativos de turno: los gobernantes (3).

Esta organización que, como podemos ver, proviene de la pobreza, es asociada irónicamente en el discurso de la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner, con la abundancia, es decir, con su instancia contraria, para deslegitimar el movimiento organizado por diferentes fuerzas sociales relacionadas con el trabajo agropecuario, entre las que se encontraron no sólo la Federación Agraria, las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Confederación Intercooperativa Agropecuaria Limitada (Coninagro), sino también la Sociedad Rural Argentina, epítome de la élite terrateniente del país.

Por su parte, *Todos somos el campo* fue el eslogan que dichas organizaciones utilizaron para suscitar la adhesión del pueblo argentino. Se trata de una metonimia, que remite a un espacio que simboliza las actividades tradicionalmente más importantes del país, y, en tanto propiedad, pertenece a pocos: muy pocos de esos *todos* son el campo. La expresión, que toma la parte (el campo) por el todo (la Argentina, los argentinos), logró aglutinar voluntades y opiniones dispares que coincidieron en enfrentar la voluntad de imposición del Gobierno, quizás pensando que las retenciones comenzaban con ese sector económico y que luego se extenderían a otros (profesionales, docentes, clase media en general) o que el dinero obtenido mediante esa recaudación sería distribuido de manera irregular, dada la falta de confianza de la clase media en la dirigencia política.

En el discurso del martes 25 de marzo de 2008, la Presidenta toma como pie el discurso del presidente de AySA, del que selecciona el término *transformación*. Ese término le sirve de eje o de parámetro para distinguir un pasado de un presente de “profunda transformación”, iniciado el 25 de mayo de 2003, día de asunción de la Presidencia por parte de su marido, Néstor Kirchner. Según este sujeto de la enunciación, ese pasado está signado por la “tragedia”, considerada cíclica (“casualmente en Semana Santa, siempre Semana Santa ha sido emblemática para los argentinos”), ya que alude al golpe militar del 24 de marzo de 1976, cercano a esa fecha, y al intento fallido de golpe militar sufrido por el gobierno de Raúl Alfonsín, ocurrido precisamente durante esa celebración católica. Por otro lado, los años 2001, 2002, 2003 señalan la tragedia “de miles de argentinos en piquetes, cortando calles y rutas” por la falta de trabajo o por haber perdido sus ahorros. A estos piquetes los denomina “de la miseria y la tragedia de los argentinos” y los opone a los de “la abundancia, los piquetes de los sectores de mayor rentabilidad”.

2 El *Diccionario de Sociología* define piquete como “persona o grupo que, participando de un conflicto obrero-patronal, trata de cerrar el paso a la salida o a la entrada de los locales del antiguo patrono [...] Su finalidad es perjudicar al patrono transgresor en su economía y en su reputación” (FCE, México, 1987, 220).

3 Rauber, Isabel, “Introducción al tema” en “Piquetes y piqueteros en la Argentina de la crisis”, diciembre de 2002, en http://www.cordobanexo.com.ar/piquetes_y_piqueteros_en_la_arge.htm#_Toc27283136.

Enriquece la oposición contraponiendo la tragedia del pasado a “esto que parece casi un paso de comedia”, y la transformación de la que habla con algunos sectores que “parece ser que insisten con las mismas prácticas de siempre y que parece que no están decididos ni a cambiar ni a comprender ni a entender”. Estas prácticas a las que alude están identificadas a lo largo de sus discursos con las prácticas golpistas y autoritarias de la dictadura militar: así equipara el paro del agro con el golpe militar, o sea que el presente evoca resonancias negativas del pasado.

El sujeto de la enunciación analiza el presente del conflicto del agro en contraposición con el presente del Gobierno que ella encabeza. El presente de la protesta es, en su construcción discursiva, la representación de un pasado nefasto: en una operación de traducción semiótica, la estrategia discursiva opera con el fin de deslegitimar el paro: el golpe de Estado de ayer es, hoy, el *lock out* patronal. Ese presente, según el enunciador, es absolutamente opuesto al presente de su gobierno, identificado, como veremos más adelante en otros discursos, con sentidos ligados a la Constitución, a la democracia y a la tolerancia.

Una vez realizadas estas identificaciones y contraposiciones, el enunciador se centra en ese *hoy* al que evalúa positivamente mediante un modalizador, “afortunadamente”, y muestra suspicacia respecto de la protesta, surgida precisamente de los más beneficiados de los últimos cinco años. El período al que se refiere es justamente el del gobierno que la precedió, al que defiende, al igual que a la figura de su marido y a la propia, argumentando que ambos estuvieron junto a los productores rurales, a diferencia de gobiernos anteriores; o sea, en esta instancia, podría decirse que Néstor y Cristina fueron el campo.

Ahora bien, ese sujeto, que se ha identificado con el campo, convierte la protesta de los dirigentes ruralistas en una amenaza y transfiere el destino del paro: no se trata de un reclamo al gobierno, sino de una amenaza a la sociedad. El sustento de este argumento tiene que ver con la actitud asumida por el agro de solicitar y recibir la ayuda del Estado en su momento, y de rechazar el pedido de aporte cuando otros sectores lo necesitan: “Hay una rara conducta muchas veces –dice Kirchner-, es como que cuando (sic) hay pérdidas, la sociedad debería absorberlas, es una suerte de socialización de las vacas flacas y cuando las vacas vienen gordas, las vaquitas para ellos y las penitas para los demás”.

A partir de esa acusación de falta de solidaridad y de conciencia social, que repetirá más adelante (“nadie critica que puedan comprarse una 4x4 o que vivan bien... lo que no me parece bien es que además quieran hacerlo a costa de que otros argentinos no puedan acceder a las cuestiones más elementales”), la Presidenta construye el tramo explicativo de la decisión estatal: 1-el tipo de cambio que el Estado argentino mantiene beneficia a los ruralistas pero no basta para atender todas las necesidades sociales; 2-no hay “voracidad fiscal” sino efecto redistributivo y contención de los precios internos de los alimentos; 3-las retenciones se utilizan para que el sector agropecuario siga siendo competitivo y, “por ejemplo, para infraestructura”.

Fernández de Kirchner concluye que lo que está en juego es el modelo de país, “más justo, con mayor equidad, con mayor distribución”, llama a los ruralistas a la reflexión y les dice que no va a someterse a ninguna extorsión, que es presidenta de todos los argentinos y que tiene que gobernar para todos los argentinos, deber que va a ejercer “con todos los instrumentos que la ley, la Constitución y el voto popular” le han conferido.

En este discurso, el sujeto de la enunciación ya le ha puesto nombre al piquete, ha diseñado a su adversario como un contradestinatario inconformable, injusto y hasta violento, se ha construido a sí mismo como un enunciador sensato y racional, democrático y justo; y ha diseñado una víctima de la injusticia del adversario, que no es el Gobierno que encabeza sino el pueblo argentino, ya que el paro se realiza para desabastecerlo.

A diferencia del primer discurso de la Presidenta relacionado con el conflicto, el de Parque Norte, del jueves 27 de marzo, muestra una estructura y una preparación más

definidas, lo que estuvo determinado, en parte, por las circunstancias de enunciación: mientras que el discurso del 25 de marzo tuvo como marco la firma de un convenio, el del 27 fue parte de un acto organizado para su difusión; por otro lado, ya definidas las posturas respecto de la situación contextual por parte del gobierno y de los “piqueteros”, se construyó un mensaje a partir del deseo de mostrar coherencia, claridad, firmeza y de asignar responsabilidades.

Este discurso está estructurado con base en la réplica, en las repercusiones del discurso anterior, en las palabras de los ruralistas, de la prensa y de la oposición, y, por tanto, presenta un orden y un diseño claros y una construcción sistemática de los destinatarios.

El cambio de marco se observa desde el comienzo del discurso: el sujeto de la enunciación invoca a los peronistas y a un destinatario que podría definirse como su prodestinatario y paradestinatario simultáneamente, a los que ubica en una situación de pretendida simetría respecto de ella misma: “Compañeros, hermanos y hermanas [...] por un minutito nada más enrollemos las banderas, luego las desplegamos como siempre [...]”. Decimos “pretendida” porque si bien puede entenderse que tanto entre personas pertenecientes a un mismo partido como entre hermanos la relación es de igualdad, no lo es entre quien detenta un cargo político como el de jefe de Estado y los ciudadanos a quienes gobierna. Mediante esta estrategia, en realidad, lo que se intenta es acortar distancias (llega a denominarlos “amigos y amigas”), y preparar a los interlocutores para que reciban favorablemente el mensaje. Ello condice con la apelación que sigue a los vocativos, que implica el abandono de un comportamiento propio de las reuniones políticas masivas, el desplegar banderas, pedido que podría interpretarse de varias maneras: la Presidenta quiere ver a sus destinatarios; debido a la trascendencia de su mensaje, no desea que haya ‘ruidos’ en la comunicación; quiere ver y que se vea por los medios la convocatoria que ha tenido el acto.

Respecto del orden, el discurso se estructura alrededor de cuatro ejes a los que define como “atributos fundamentales en todo ser humano”: la racionalidad, la sinceridad, la sensibilidad y la responsabilidad. A partir de ellos se define a ella misma y a su gobierno, y defiende la medida adoptada como “absolutamente racional”. El atributo de la sinceridad se trae a colación en un reclamo a los dirigentes sectoriales, a los que instiga a decir la verdad: “detrás de los pequeños productores se esconden otros intereses, los de los grandes *poolers*, que son los que están diciendo que es el Estado el que se quiere llevar todas las ganancias”. “Esconder otros intereses” se plantea, aquí, como un subjetivema de fuerte carga negativa: implica algo que no se hace a la luz, algo oculto, ilegítimo. El tercer atributo constituye otro reclamo a “los que más ganan”, quienes se oponen a su política de redistribución del ingreso. Y por último, relaciona la responsabilidad con un diálogo sin extorsión: “Dialogar con una pistola en la cabeza es muy difícil, sobre todo en democracia [...]”.

El sujeto de la enunciación se erige en único poseedor de los cuatro atributos de *todo* ser humano: la Resolución 125 es absolutamente racional, por eso ella la implementa; dice la verdad y habla con transparencia, a diferencia de aquellos que ocultan los verdaderos motores de sus acciones; es sensible con los que menos tienen y, en consecuencia, promueve una política de redistribución de las riquezas, como gesto de responsabilidad social: el rico debe ayudar al pobre. En un gesto peyorativo, sugiere que sus adversarios políticos carecen de esas condiciones. De esta manera vemos cómo se construye a sí mismo el sujeto de la enunciación y cómo construye a su contradestinatario. Ahora bien, ese contradestinatario es definido a partir de su condición de mujer, de demócrata, de política a quien las grandes masas responden espontáneamente y que ha ganado legítimamente con la mayoría de los votos.

En el primer caso, el enunciador habla de su convencimiento de que por ser mujer, las cosas le cuestan más. En el segundo, continuando con los planteos de su discurso anterior, trae a colación el pasado golpista, renovado en la violencia de quienes utilizan medidas de fuerza en vez del diálogo. En el tercero, alude al cacerolazo en contra de la Resolución 125

convocado vía *e-mails*, cuando él es capaz de suscitar una reunión “espontánea” de ciudadanos. En el cuarto, deslegitima la crítica de quienes condenan su política de derechos humanos, o sea, a la derecha, que, según se deduce de sus dichos, se suma a la protesta del campo no por lo económico sino por lo político que hay en juego, y a “aquellos que han perdido las elecciones”, simplificando la reacción de la oposición a un gesto de orgullo herido o de celos.

En el discurso del lunes 31 de marzo, pronunciado en Casa de Gobierno, se anuncian nuevas medidas para pequeños y medianos productores agropecuarios. El texto se construye a partir de una noción, la de la mirada, en este caso, la del gobernante, que es definida como “más abarcativa”, más precisa, que tiene en cuenta “el interés de la nación y del pueblo”. Esta mirada es jerárquica porque implica la focalización del problema desde una posición de superioridad, de manejo de una información no accesible a todos, de poder, al que el sujeto de la enunciación constantemente legitima mediante la mención del voto, y que dice usar con las herramientas provistas por la Constitución y la ley. Esa mirada es “de conjunto”, considera a ricos y a pobres, y se concentra en el modelo de distribución de la riqueza para sostener que los ricos no tienen pérdidas y para pedirles que no se sientan propietarios del país sino parte del país.

En el llamado “Encuentro por la convivencia y el diálogo”, del martes 1 de abril, el enunciador comienza su discurso con vocativos como “argentinos y argentinas”, “hermanos y hermanas”, “amigos y amigas”, que va rotando, y alude a una reacción por parte de los contradestinatarios, apelando a la enciclopedia del receptor:

[...] y créanme, hermanos y hermanas, que nunca había visto en tan corto tiempo tantos ataques a un Gobierno surgido del voto popular, nunca tantas ofensas, nunca tantos insultos. ¿Y por qué? Parece que sólo he cometido un pecado: haber sido votada por la mayoría de los argentinos en elecciones libres, populares y democráticas. Tal vez, además de ser votada, tenga otro pecado: el ser mujer [...].

En discursos anteriores, la Presidenta desconocía su responsabilidad en el conflicto al hacer al pueblo argentino blanco o víctima de las protestas del campo. En este caso, los ataques, las ofensas, los insultos, están dirigidos al Gobierno que, en un primer momento, parece ser asumido colectivamente, pero que, inmediatamente, ella identifica con su persona: no es el Gobierno el que parecería haber cometido los pecados que menciona, sino ella; es decir, ella es el Gobierno. Esta fluctuación entre lo colectivo y lo individual es recurrente a lo largo de sus discursos. La primera persona del singular emerge permanentemente como un signo de poder personal, potenciado en ciertos tramos por la constante apelación a su legitimidad, y sin embargo, limitado por la victimización a la que recurre cuando la ocasión lo requiere. Esta afloración de la primera persona connota la fuerte presencia de la figura presidencial en la política argentina, que no es concebida como un engranaje de un colectivo más amplio que sería el Gobierno, sino como una figura única y hasta paternal (maternal, en este caso), que se opone a su autodefinición como “profundamente democrática”. Esta lectura se ve refrendada por el uso reiterado del verbo “querer” en primera persona (“quiero decirles”, “quiero convocar”, “quiero agradecer”, etc.).

Esta percepción democrática de su persona es contrastada con el autoritarismo de sus contradestinatarios. Hemos visto cómo identificaba lo que ella denomina *lock out* patronal con el golpe militar de 1976; en esta ocasión, habla también de *lock out* a la información realizado por “‘generales’ multimediáticos”, que cambiaron, tergiversaron, mostraron una sola cara e hicieron una caricatura de ella con una venda cruzada en la boca “en un mensaje cuasi mafioso”. Las críticas de la prensa y las protestas del sector agropecuario –y tras ellas, las de buena parte de la opinión pública-, no son aceptadas como parte del juego democrático

o como posturas disidentes que contribuyan al replanteo de políticas, sino como producto de una oposición que no tiene como objetivo principal el progreso del país, que sólo busca destacar los errores de los adversarios. De esa manera, la figura del sujeto de la enunciación se refuerza a partir de una imagen heroica, mesiánica, que sostiene que “mi compromiso con el pueblo, mi compromiso con el voto popular es indestructible”, evocando resonancias de los discursos de Eva Perón. También lo hace mediante la apelación a la comparación entre el momento presente y la “historia de la Patria”: “nunca en cien años habíamos protagonizado esta recuperación económica [...]. Si este año, argentinos y argentinas, volvemos a crecer, vamos a ser el período más fructífero de nuestros doscientos años” (*sic*).

En el discurso pronunciado en el denominado “Acto por la Democracia en Plaza de Mayo”, del miércoles 18 de junio, es notable la reiteración de los argumentos expuestos en los discursos anteriores: el de la oposición del pasado del Centenario, de los golpes militares, al presente del “acuerdo del Bicentenario”, de la transformación, del crecimiento económico, identificado con el Gobierno de Néstor Kirchner y con el del enunciador; el de la legitimidad de su poder por el voto popular; el del autoritarismo de los contradestinatarios (“cuatro personas a las que nadie votó”) y la vocación democrática del enunciador. A esto se agregan tres planteos destacables: la delimitación del espacio, el reconocimiento de la alianza campo-clase media y la apelación a una toma de conciencia de la equivocación que cometen los contradestinatarios.

1) La delimitación del espacio se apoya en el uso que determinadas fuerzas sociales han hecho de la Plaza de Mayo:

Por eso yo quiero desde aquí, desde esta Plaza de Mayo que, como dije ayer, empezó siendo de los peronistas pero que después de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo es de todos los argentinos; desde esta plaza quiero convocar a todos a que discutamos en este acuerdo del Bicentenario cómo podemos mejorar nuestras políticas agropecuarias [...]

El deíctico “aquí” remite al espacio de la enunciación y es definido por el sujeto como “la plaza de todos los argentinos”, identificando al peronismo y a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo como los colectivos que conquistaron ese espacio para el pueblo argentino. Sin embargo, el *todos* al que hace referencia el discurso presidencial es también una construcción del sujeto, similar al uso metonímico al que nos referíamos respecto del eslogan del campo: ese *todos*, en este caso, designa a sus prodestinatarios, quienes, a lo largo del conflicto, concurren allí para dar apoyo a la Presidenta.

2) La aceptación de que la clase media se ha alineado con el reclamo del sector agropecuario se hace de manera soslayada:

Pasaron muchas cosas argentinos, nos dividieron, nos enfrentaron los unos con los otros, civiles y militares, el campo y la industria, y solamente se beneficiaron de esos enfrentamientos muy poquitos.

Los primeros que cayeron como siempre fueron los pobres, después fueron los trabajadores, después vinieron por la clase media, por esa clase media que muchas veces a partir de prejuicios culturales termina actuando contra sus propios intereses [...] Tenemos que aprender a mirar más allá de lo que nos muestran; tenemos que aprender a escuchar más allá de lo que nos recitan; tenemos que comenzar a mirar en base a nuestros propios intereses para dejar de lado los cantos de sirena. Tuvimos demasiados cantos de sirena y nos fue muy mal.

En una síntesis histórica ideológica, el sujeto de la enunciación simplifica los devenires sociales del país y reitera la dicotomía entre la mayoría pobre, trabajadora, y la minoría rica, terrateniente. El sintagma “muy poquitos” implica a lo que el peronismo de la

primera hora denominaba *oligarquía*, y que, en el contexto de este conflicto representa al sector agropecuario, que atrae con cantos de sirena a la clase media. Con un discurso prescriptivo, que suaviza sumándose a la clase media en una primera persona del plural, el enunciador la exhorta a sacarse la venda de los ojos.

3) A continuación, la Presidenta retoma la primera persona para dirigirse a quienes considera equivocados (que el receptor puede identificar con la intolerancia, los golpes, las bocinas, las cacerolas y los cortes de ruta que mencionó anteriormente), y les pide que depongan su actitud, que en nombre de la democracia, la Constitución y las leyes liberen las rutas.

Tras el voto “no positivo” del Vicepresidente, la Presidenta eligió el silencio, que interrumpió apenas en su alocución durante la inauguración del Aeropuerto Internacional de Resistencia, Chaco, el jueves 17 de julio. Como podemos ver en el siguiente texto, la crisis del campo se alude mediante expresiones negativas:

Este mayo, último que pasó, pese a todo y cuando digo pese a todo ustedes saben, por supuesto, de qué hablo, Argentina creció al 8 por ciento, casi un desafío para cierta clase de agoreros y de agentes económicos, que creen que el país solamente puede pertenecerle a unos pocos.

La mención del conflicto se hace mediante la apelación al saber del prodestinatario, no se nombra. El sujeto de la enunciación se aparta levemente del silencio para sugerirlo con subjetivemas reiterados en sus discursos, tales como *el país que pertenece a unos pocos*, añadiendo otro de fuerte carga negativa, “agoreros”, involucrados en un comentario irónico: hablar mal del hecho de que el país haya crecido al 8 por ciento implica una prueba muy difícil, un desafío.

En otro momento, critica indirectamente al Vicepresidente Julio Cobos y a los peronistas que votaron en contra de la implementación de las retenciones. Respecto del Vicepresidente, la Presidenta lo acusa de no haber entendido las propuestas realizadas durante la campaña electoral y usa el sarcasmo para hacer un comentario peyorativo. De los peronistas que votaron en contra sostiene que “defecionaron”, y de los leales, que pueden seguir mirándose a los ojos “y saber que nunca nos hemos traicionado”.

Conclusiones

Como se ha visto a lo largo de este trabajo, son múltiples los velos con los cuales el sujeto de la enunciación cubre su subjetividad, que, no obstante, puede percibirse mediante el análisis de las huellas que va dejando en su discurso, espacio en que ese sujeto construye el mundo y se construye de acuerdo con su ideología.

El sujeto de la enunciación que analizamos modaliza pedagógicamente su discurso. Desde una posición de *saber*, se apoya en la asimetría con sus interlocutores, que ocasionalmente suaviza apelando al “nosotros” (que lo incluye y lo convierte en un ciudadano más), aunque utiliza predominantemente el “yo” para presentar el conflicto, explicarlo y simplificarlo ideológicamente: se trata de una cuestión política; se discute un modelo de país; los “ricos” no aceptan ayudar a los pobres y perjudican al pueblo argentino.

Recurre a los conocimientos previos del interlocutor y reitera ideas tanto para deslegitimar al contradestinatario, y hasta demonizarlo mediante identificaciones audaces con la dictadura militar, como para legitimar a su Gobierno y al de su marido, como aquellos que cambiaron la historia argentina de doscientos años. Es significativo que pase por alto períodos de bonanza, pero lo es más que no mencione lo hecho por el Líder de ese Peronismo del que fue parte desde su juventud.

Urdiendo tramas narrativas y argumentativas, construye el gran relato de la historia argentina (4), en que se ubica y ubica a su marido como grandes estadistas, a la manera de Perón y de Evita, pero del siglo XXI, en que el Justicialismo ya no se encuentra “combatiendo al capital” sino que es parte de él.

El lugar en que se coloca es diferente de aquel que el campo le asigna: no admite que el campo le reclame o no coincida con ella ante determinada medida, y expresa sentirse agredida como mujer, como Presidenta, como demócrata. Al tiempo que da cuenta de su trayectoria como política, validando de esta manera su posición actual, se victimiza. CFK recurre al desplazamiento constante del rol de demandado al de demandante.

El discurso de CFK rediseña la Argentina, la del Bicentenario, como espacio de la democracia, de la justicia social, del diálogo y de la tolerancia, y en lo que constituye un gesto de signo inverso, en su construcción de la relación con el contradestinatario establece una confrontación que no condice con la exhortación al diálogo que reitera en cada discurso. El diálogo y la democracia son utilizados como mantos bajo los cuales se esconde la imposibilidad de aceptar el disenso, lo que constituye una de las caras del autoritarismo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Benveniste, Émile, *Problemas de Lingüística General*, Tomos I y II, México, Siglo XXI, 1976-1977.
- Fabbri, Paolo, *El giro semiótico*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- Kerbrat Orecchioni, Catherine, *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Hachette, 1986.
- Pratt Fairegild, Henry (ed.), *Diccionario de Sociología*, 12ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Rauber, Isabel, “Introducción al tema” en “Piquetes y piqueteros en la Argentina de la crisis”, http://www.cordobanexo.com.ar/piquetes_y_piqueteros_en_la_arge.htm#_Toc27283136, diciembre 2002.
- Verón, Eliseo, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política” en *El discurso político. Lenguaje y acontecimiento*, Buenos Aires, Editorial Hachette, 1987.

4 La lectura del pasado y la lectura del presente se articulan una a la otra por medio del fantasma del saber colectivo (que reenvía al ‘nosotros’ de identificación o a otro colectivo más amplio como la Patria o la nación), o bien a través de la imagen del propio enunciador en tanto Líder, fuente de la coherencia y de la racionalidad de estas lecturas de la historia próxima o lejana (Eliseo Verón, pág. 21).